

muchas fortalezas, es cosa que ningun soldado que sepa su obligacion puede aconsejar. De suerte que, ó debemos renunciar á toda operacion contra Francia, buscando posiciones defensivas, ó hemos de posesionarnos de Suiza. Ningun general que estime la salvacion de su monarca y de su propio honor puede aventurarse á operaciones contrarias á todos los preceptos de la guerra y á los mas tristes experimentos que ha venido haciendo nuestra monarquía de veinte años á esta parte. Si nuestro ejército es tan poco independiente que nuestros propios aliados pueden oponerle obstáculos para que no realice aquellas operaciones únicas que tienden al fin; si ha de limitarse tan exclusivamente á las falsas opiniones de sus aliados que con sus 300,000 soldados no pueda moverse como quiera para llegar al objeto comun, es preciso inmediatamente limitarnos á la defensiva y procurar que el emperador no falte á su palabra y no firme en su propia residencia la paz que podríamos ir á buscar á París. Ya hemos perdido un tiempo precioso; ya el enemigo ha vuelto en sí de su terror y se apresura á acudir á socorrer los puntos amenazados. Dentro de poco se convencerá de nuestra falta de energía y de nuestra timidez, y nada mejor podrá hacer que mantenerse en los Países Bajos, entre sus fortalezas, á la defensiva contra un ejército al cual solo parece estarle permitido obrar contra los preceptos de la guerra. Así podrá dirigir todas sus fuerzas contra el ejército principal, sobre el cual pesa la maldicion de no poder ejecutar sus operaciones segun la voluntad de su general ni segun las leyes de la guerra, sino á tenor del capricho y de la conveniencia. Un ejército que tiene á su flanco izquierdo una provincia enteramente hostil y á su frente el Rin con todas sus fortalezas y en cuyo seno existe la imposibilidad de hacer movimiento alguno que, por consecuencia de deliberaciones y oposiciones innumerables, no sea casi antes conocido por el enemigo que por él mismo, un ejército de esa especie ha de ser derrotado, aun cuando lo mandara el mismo Dios. Todas las noticias que acerca de Suiza poseemos concuerdan en absoluto en que el gobierno que actualmente tiene es el único elemento adicto á los franceses. Los comandantes de todas las tropas suizas que se encuentran en Basilea se declararán en favor nuestro si avanzamos y queremos disolver al gobierno. Todavía no se ha colocado ningun ejército en el Franco-Condado; todavía podemos apostar la cabeza á que sin grandes pérdidas nos sería dado apoderarnos de Suiza y del Franco-Condado. Toda la Francia meridional, en la que actualmente no hay un soldado, vería dificultada con este paso su organizacion, con lo cual perderia Napoleon una parte importante de sus recursos. Cuatro semanas mas tarde se irán amontonando las dificultades, que al poco tiempo se convertirán en imposibilidades. Entonces vendrá, aunque tarde, el arrepentimiento por haber dejado pasar el momento oportuno y por haberse dejado vencer en vez de ser nosotros los vencedores. En pocas palabras: no podemos pasar el Rin y dejar á la izquierda á Suiza. Si se nos deja hacer, en pocos dias seremos dueños de Suiza y del Franco-Condado, pero ambas cosas perderemos si en vez de obrar perdemos mas tiempo (1).»

Todos los temores que esta medida inspiraba debian desaparecer desde el momento en que los suizos mismos renunciaron á la neutralidad y no se vieran turbados en sus asuntos nacionales por los austriacos. Y así fué. El general Watteuwyl, que tenia la mision de proteger con sus 15,000 hombres la neutralidad de Suiza, no era un hombre inhumano: tan favorables fueron los datos que acerca de él dió Lebzeltern que Metternich escribió á Schwarzenberg encargándole

(1) Archivo Imperial de la Guerra, de Viena.

que le halagara: «Hacedle saber que las potencias aliadas están contentísimas de su correcta conducta, que le están altamente agradecidas, que puede llegar á ser el segundo Guillermo Tell y que para ello no tiene mas que dejar que los sucesos sigan su curso y que iniciarnos en sus planes. Entretenedle de esta manera é inducidle á que licencie inmediatamente á las tropas suizas (2).»

El día 20 de diciembre el coronel suizo Herrenschaud firmó en Lorrach con el teniente feld-mariscal conde Bubna un convenio cuyo primer párrafo decía: «Todas las tropas suizas de la línea del Rin se retirarán con los honores de la guerra, con armas y bagajes (3);» y al día siguiente comenzaron los austriacos á pasar el río por los fuertes de Basilea, Lanfenburg y Schaffhausen. El cuerpo de Bubna se dirigió á Berna, Soleura, Friburgo y Ginebra: los de Giulay, Colloredo, Mauricio Lichtenstein y Bianchi atravesaron Newenburg y marcharon desde allí hácia Besançon por Pontarlier y Ornans, pero su punto de mira era la meseta de Langres, á la que tendia Schwarzenberg con su gran cuartel general en la línea de Basilea-Altkirch-Belfort-Vesoul; solo que por no tocar en Belfort hubo de dar un gran rodeo por Pruntrut, Mompelgard, Arcy, Villersexel. El día 12 de enero de 1814 llegó Schwarzenberg á Vesoul, donde tuvo que detenerse hasta que llegaron sus reservas, que aun se encontraban en el Rin. ¿Por qué se encontraban todavía allí? Porque el emperador Alejandro, que el día 13 de enero (año nuevo de los rusos) del año anterior habia pasado con sus guardias el Niemen, encontró poético conmemorar este suceso pasando de la misma manera, el día 14 de enero de 1814, el Rin por Basilea. «Así tengo que mandar!—decía Schwarzenberg á su esposa en tono de queja.—A la verdad es fastidioso ver jugar á los títeres en una época tan decisiva para el porvenir de Europa (4).»

Hasta el día 18 de enero no pudo Schwarzenberg ocupar á Langres, á la cual los franceses, contra lo que era de esperar, no defendieron. El día antes habia recibido del príncipe Metternich una carta que le causó gran espanto: estaba fechada en Basilea y comenzaba con las siguientes palabras: «Os escribo, mi querido amigo, en un momento de gran importancia. Hemos llegado al punto en que todo cuanto se ha hecho por la buena causa, la obra redentora que hemos emprendido, ha de ser coronada si no queremos que todo se derrumbe á nuestro paso. No os puedo decir todo lo que aquí pasa, pero pongo en vuestro conocimiento que mañana á mas tardar llegará lord Castlereagh y que de la primera hora de conferencia con él depende la salvacion de la causa, tal como actualmente se halla. Si divaga tan por completo como los demás, adoptaremos otras medidas. De todas maneras, es de suma importancia que vuestros movimientos militares no salgan de los límites de lo estrictamente necesario. No entra en nuestros planes sacrificar un solo hombre para sentar á Bernadotte en el trono de Francia. Sin duda creereis que estoy loco, ¿verdad? Nada de eso. Así lo consigna expresamente la orden del día (5).»

Schwarzenberg contestó el día 18 de enero en estos términos: «Ayer recibí vuestra carta del 16 y desde entonces no sueño mas que con Bernadotte. ¡Cómo! ¿El universo ha de haber visto formarse una alianza armada de los mas poderosos soberanos solo para venir á parar á tal escándalo? ¡Imposible! Cuento con vos (6).»

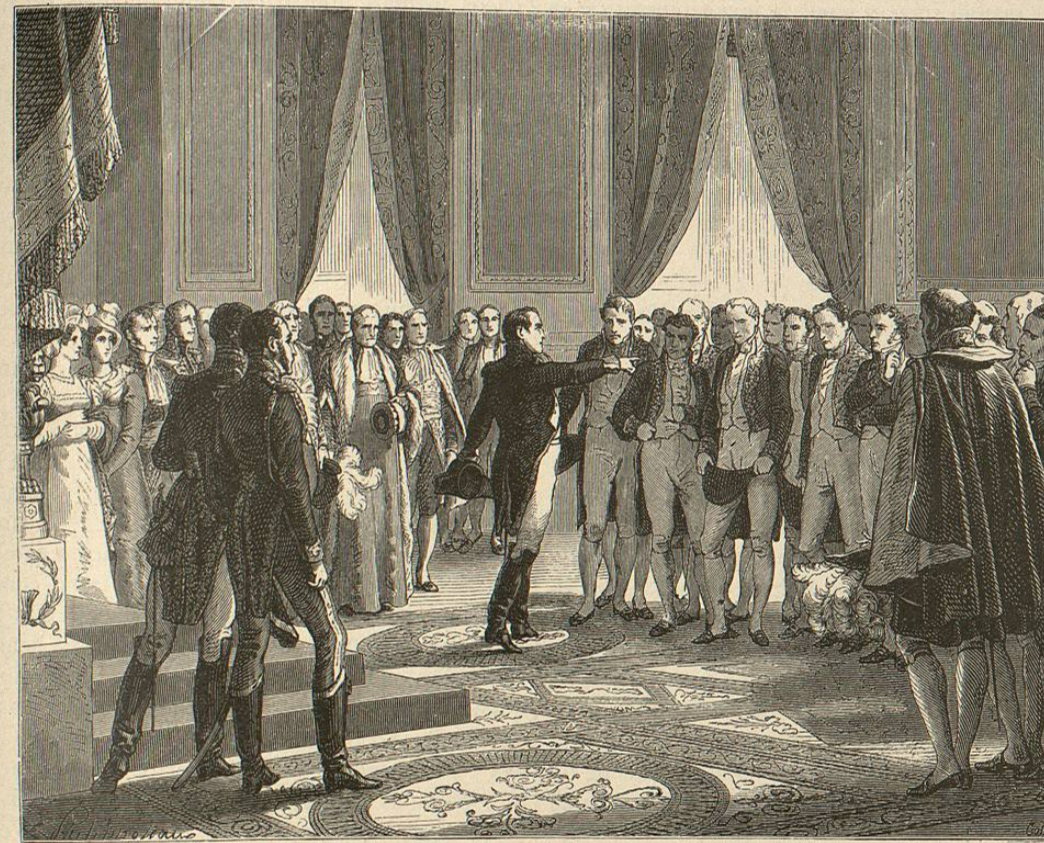
(2) Metternich: *Participacion del Austria*, etc., pág. 775. Véase en la pág. 141 la carta de Gentz, en Friburgo, en 19 de diciembre.  
(3) Thielen: *Recuerdos*, págs. 167-168.  
(4) Thielen: *Recuerdos*, pág. 178.  
(5) Metternich: *Participacion del Austria*, etc., págs. 797-798.  
(6) Metternich, idem, pág. 800.

## CAPITULO VI

## LUCHA DESESPERADA DE NAPOLEON

Napoleon habia salido de Maguncia el día 7 de noviembre y llegado á Saint-Cloud el día 9. Cuando el día 14 recibió en las Tullerías á las grandes corporaciones del Estado, dijo al Senado: «Hace un año, toda Europa marchaba con nosotros, hoy marcha toda contra nosotros (1).» No puede expresarse mas lacónica y exactamente el cambio que habian experimentado las relaciones de Europa respecto de Francia. Pero no era menor el que habian sufrido las relaciones de Francia respecto del emperador y que éste no

manifestó con palabras sino con hechos involuntarios é inoportunos. El día 15, un primer senado-consulta puso á su disposicion 300,000 hombres correspondientes á los contingentes de 1803 á 1814, y por medio de un segundo decreto se cometió una infraccion constitucional, cual si el emperador se encontrara en guerra no solo con Europa sino con la misma Francia. Con el fin de evitar las nuevas elecciones del Cuerpo legislativo que la Constitucion disponia, prorogóse arbitrariamente el mandato de los miembros de aquel cuerpo que debian ser renovados en 1.º de enero de 1814, y para impedir á este parlamento mudo toda tentativa oratoria se le privó de su último derecho ficticio, cual era el de nombrar presidente de su propio seno, confiándose este



Napoleon increpando al Cuerpo legislativo en la recepcion del día de año nuevo

nombramiento al emperador, quien eligió para aquella presidencia al duque de Massa (Reynier) á pesar de no haber formado éste nunca parte de la asamblea.

Napoleon temia el voto de Francia, temia la expresion franca de lo que el pueblo francés sentia hácia él y la temia tanto mas en un momento en que un peligro nacional como no se habia presentado en veinte años, hubiera debido dar á toda monarquía nacional derecho no solo á la obediencia sino tambien á la abnegacion espontánea de todo el pueblo sin distincion de partidos. Cuán fundado era este temor demostróse en seguida que se reunió el Cuerpo legislativo. La nacion entera sentíase dominada por un ardiente deseo de paz y mostraba cada dia una repulsion mas fanática hácia la extenuadora contribucion de sangre, hácia las continuas levadas, que pesaban exclusivamente sobre Francia desde que los que en otro tiempo habian sido soldados del emperador se habian unido para llevar á cabo una venganza de pueblos sin igual. De su propio peso caía que el Cuerpo legislativo expresaria de palabra estos sentimientos, y comprendiéndolo

Napoleon así, sacrificó al duque de Bassano, reemplazóle en el desempeño de los Negocios extranjeros por el duque de Vicenza, que pasaba por partidario de la paz, y ordenó á éste que escribiera, en 2 de diciembre, una carta á Metternich. Este la contestó el día 10 diciendo: que Sus Majestades se habian enterado con satisfaccion, por la referida carta, de que S. M. el emperador de los franceses habia aceptado bases «esenciales para el restablecimiento de un estado de equilibrio y para la futura tranquilidad de Europa.» El emperador se creyó bastante escudado con este documento para resistir la presion que en pro de la paz pudiera hacer el Cuerpo legislativo y por fin lo convocó para el 19 de diciembre. En el discurso del trono anunció que se comunicarian algunos documentos que demostrarían que él—que «como monarca y como padre» sabia apreciar lo que valia la paz para la seguridad del trono y de las familias—habia hecho cuanto habia estado de su parte para probar á las potencias enemigas sus tendencias pacíficas. Tambien se entregaron á la comision del Cuerpo legislativo un par de despachos; pero del dictamen del ponente de esta comision, Lainé, abogado de Burdeos, se desprende que el documento mas importante, ó

(1) Vaulabelle: *Histoire des deux restaurations*, Paris, t. I, p. 133.  
REVOLUCION FRANCESA